

La política pública de educación superior y su orientación hacia la desigualdad: un acercamiento teórico

Public higher education policy and its orientation towards inequality: a theoretical approach

David Rodrigo Fernández García^a

Resumen / Abstract

La distribución del ingreso es un problema que históricamente, se ha manifestado con una desigualdad económica que ha crecido dramáticamente desde hace algunas décadas. Dicho problema se manifiesta de manera multidimensional y es considerado como un gran problema para el desarrollo. Para superar el problema, se han instrumentado políticas públicas particulares con acercamientos estratégicos en la búsqueda del desarrollo, en este trabajo se aborda la educación superior como un vehículo para escapar de la pobreza, lograr la movilidad social y disminuir las desigualdades. El acercamiento epistemológico y teórico del trabajo sucede desde las ciencias sociales. El artículo se divide en cuatro secciones que pretenden abordar el problema de la desigualdad y la política pública de educación superior que, como instrumento, pretende incidir en dicha problemática. En la primera parte se habla de la desigualdad como un fenómeno histórico y social con ciertas características; en la parte dos se introducen nociones del desarrollo, el capital humano y social, como elementos que intervienen con la desigualdad; en la tercera sección se liga la

a. Licenciatura en Economía, Maestro en Relaciones Económicas Internacionales y Cooperación, Doctorante en Políticas Públicas y Desarrollo. Universidad de Guadalajara.

desigualdad con la educación superior; en la cuarta sección se reflexiona sobre la política pública de educación superior; y por último se hace una breve conclusión de las ideas presentadas en el trabajo.

Palabras clave: desigualdad, educación superior, políticas públicas, desarrollo.

Income distribution is a problem that historically has manifested itself with economic inequality that has grown dramatically in recent decades. This problem manifests itself in a multidimensional way and is considered a major problem for development. To overcome the problem, particular public policies have been implemented with strategic approaches in the search for development. In this work, higher education is addressed as a vehicle to escape poverty, achieve social mobility and reduce inequalities. The epistemological and theoretical approach to work occurs from the social sciences. The article is divided into four sections that aim to address the problem of inequality and the public policy of higher education that, as an instrument, aims to influence said problem. In the first part, inequality is discussed as a historical and social phenomenon with certain characteristics; In part two, notions of development, human and social capital are introduced, as elements that intervene with inequality; In the third section inequality is linked to higher education; The fourth section reflects on public higher education policy; and finally a brief conclusion is made of the ideas presented in the work.

Keywords: inequality, higher education, public policies, development.

DESIGUALDAD EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

En el panorama internacional contemporáneo, el tema de la desigualdad en la distribución del ingreso y la creciente brecha entre ricos y pobres, ha despertado el interés de gobiernos y policy makers para atender dicho problema. Las experiencias de

países diferentes nos brindan una visión más amplia de los procesos que conformaron regímenes orientados hacia la igualdad o hacia la desigualdad. Diversos estudios y análisis económicos históricos han encontrado que en los últimos 100 años hubo un primer momento en donde la desigualdad dentro de los países disminuía, mientras que la desigualdad entre países se acrecentaba; situación revertida por el segundo momento en el que nos encontramos, en donde paradójicamente, la desigualdad dentro de los países aumenta al mismo tiempo que entre la desigualdad entre países disminuye (Atkinson, 2016). La desigualdad como fenómeno y problema público, puede y es abordado desde diferentes áreas del conocimiento y que tienen diversos acercamientos en cuanto a lo teórico, metodológico y epistemológico. En este sentido, la desigualdad es estudiada desde diferentes ciencias sociales como la economía, la ciencia política, la antropología, la sociología, la historia y la geografía (Brown, 2018). Dada heterogeneidad entre y dentro de las disciplinas al respecto del concepto mismo de desigualdad, es fundamental ser conscientes de las limitaciones y los sesgos éticos y filosóficos que son indivisibles de los acercamientos epistemológicos de las ciencias¹.

Desde esta concepción multidimensional, Canales (2022) concibe la desigualdad como un fenómeno se ha verificado en prácticamente todas las formaciones sociales de todas las culturas y civilizaciones. En las sociedades de clases, el aparato social funciona bajo diversas formas de desigualdad internalizada entre los individuos que las componen. Históricamente, la preocupación por la creciente disparidad en la distribución de la riqueza puede ser encontrada en los clásicos de la economía como David Ricardo, Thomas Malthus y Karl Marx; quienes compartían una visión sombría de la evolución del sistema capitalista de producción, pronosticando que los capitalistas industriales se adueñarían inevitablemente de una siempre creciente parte de la producción y el ingreso; de manera que si se mantiene la tendencia de 1970-2010 para un período de 50 o 100 años, los grados de desigualdad se acercarán mucho a la distopía ricardiana (Piketty, 2014).

Este fenómeno se manifiesta en la diferencia que separa a los ricos y pobres, y es que para los años veinte de este siglo, no existen antecedentes históricos de la brecha de

¹ Sen (1992) lo ejemplifica claramente al respecto de las prioridades o centros concebidos por economistas libertarios y utilitaristas que suelen ponderar de manera diferenciada la libertad y la utilidad.

desigualdad del ingreso. Pero como señala Canales (2022), las desigualdades van más allá de lo monetario, ya que éstas tienen repercusiones en cuestión de recursos, opciones y horizontes de vida. Ante la creciente preocupación del problema y las problemáticas que desembocan, se han desarrollado posturas políticas y académicas al respecto. Sobre esto, Piketty (2014) piensa que muchos de los debates intelectuales y políticos sobre la redistribución de la riqueza han sido conducidos históricamente por prejuicios y muy pocos hechos. Para Platón, el problema de la desigualdad era una cuestión de moral, por lo que para el filósofo griego, nadie debería de ser cuatro veces más rico que el miembro más pobre de la sociedad (Atkinson, 2016).

Sen (1992) reconoce los componentes económicos con los que se suele asociar la desigualdad, pero él considera que sus implicaciones van más allá de lo monetario. El observa las desiguales oportunidades que las personas tienen que afrontar y que no pueden ser medidas únicamente por el ingreso, sino por una serie de variables diversas de características físicas y sociales que afectan nuestras vidas. Asimismo, Sen puntualiza que, la búsqueda de la igualdad es una tarea central que implica la aceptación de la desigualdad de las periferias más remotas. Canales (2022) profundiza sobre esta visión, considerando que la desigualdad implica riqueza y recursos mal distribuidos dentro de un marco político, social y cultural que limita las posibilidades de realización del ser humano; esta desigualdad se puede manifestar de manera multidimensional en situaciones como: muerte prematura, mala salud, humillación y sumisión, explotación, impotencia, represión, violación y agresiones, discriminación y segregación, pérdida de dignidad y orgullo propio, limitando la acción social e individual.

En estas condiciones multidimensionales, Deaton (2015) observa que el panorama de desigualdad propicia una asimetría en el ejercicio del poder en el ámbito de lo público, en donde la población rica puede encontrar motivaciones para utilizar su riqueza económica e influir en los políticos con el fin de restringir bienes o servicios públicos como la educación pública o la seguridad social según sus intereses, lo que profundiza la desigualdad retroalimentando la sociedad de clases. Atkinson (2016) precisa que dentro de la literatura económica y los resultados económicos referentes a la desigualdad, se están incluyendo cuestiones externas e internas para explicar el performance individual y

agregado de las personas, dentro de las cuestiones internas se puede contar el esfuerzo del que cada persona es responsable, como cuestiones externas se incluyen las circunstancias que quedan fuera del control personal, como el contexto familiar o nacional en el que el individuo se desarrolla. Es en este respecto en donde se introducen los términos de igualdad de oportunidades e igualdad de resultados, de manera que se ha considerado popularmente la primera como una variable *ex ante* y la segunda una *ex post*. En su trabajo, Atkinson profundiza en cómo estas variables están conectadas de manera indivisible, por lo que tratar de separarlos para concentrarse únicamente en el factor *ex ante* o *ex post* limita de forma considerable la manera de entender la desigualdad.

Hasta el momento se ha hablado de desigualdad, pero es importante resaltar que existe literatura sobre la relación entre los procesos de desarrollo, la reducción de la desigualdad y las políticas públicas. Dentro de las acciones de política pública que suelen ser consideradas como conductoras del desarrollo, la educación superior es uno de los principales estandartes para la creación de capital humano, capital social y la movilidad social. Se asocia que la formación de las personas a través de la educación superior tiene un impacto en lo social y económico. En primer lugar, en el individuo que al recibir una alta cualificación y ser más productivo, puede acceder a un empleo mejor remunerado (que aquellos que no cuentan con estudios superiores); situación que al ser situada en un contexto de desarrollo tecnológico, impulsa los procesos del desarrollo económico con la innovación tecnológica y también le permite al individuo acceder a un empleo que puede incidir en la movilidad social. De la movilidad social, es común considerar más prioritario, el ascenso que el descenso en la escala social. De manera que aquellos que se encuentran en situaciones económicas y sociales más acomodadas, tienen un mayor incentivo para cursar los estudios universitarios bajo el supuesto de que esto les puede ayudar a subir, o al menos mantener el estatus socioeconómico con el que se identifican (Erikson, 2020).

A pesar de que ha existido una importante y considerable expansión de la educación superior en el mundo durante las últimas décadas, la tasa de desempleo de personas con educación superior se encuentra en aumento. Este paradójico fenómeno puede encontrar varias factores como: el incremento del número de personas que cuentan con un título

universitario, la decreciente habilidad cognitiva entre los graduados (debido a la expansión del sector educativo), así como a la desconexión entre la oferta y la demanda del mercado de trabajo. Dichas cuestiones desembocan en una absorción lenta de personas con títulos de educación superior, condiciones que niegan la movilidad social y en última instancia inciden en el crecimiento o profundización de la desigualdad (Bennet y Vedder, 2014). Shimeles (2016) profundiza sobre el fenómeno del desempleo de la población graduada de la educación superior, haciendo un puente con el estado tecnológico y su inserción al mercado internacional. Él observa que en las naciones subdesarrolladas existen empresas que aún no demandan empleados altamente calificados, de manera que la oferta y la demanda laboral se encuentran desfasadas.

En esta sección se ha abordado la problemática de la desigualdad como un problema que no es nuevo y que tiene repercusiones de gran alcance para la sociedad. En este contexto, se introdujo la idea de la educación superior como un instrumento que puede incidir positivamente en el desarrollo económico, la movilidad social y la reducción de las desigualdades; a su vez, también se introdujeron algunas ideas sobre las críticas y las limitaciones que este acercamiento puede presentar. En la siguiente sección se profundizará un poco más al respecto de la relación que existe entre la educación superior, el desarrollo y el capital humano y social.

EL DESARROLLO Y EL PAPEL DEL CAPITAL HUMANO Y SOCIAL

Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos países capitalistas adoptaron políticas públicas orientadas hacia el estado del bienestar de corte keynesiano. Este planteamiento del estado del bienestar consiste en políticas enfocadas al desarrollo a través de la redistribución del ingreso de diversas maneras, lo que puede intervenir en dimensiones sociales fundamentales como el empleo, los salarios, la igualdad y la seguridad. En las últimas cuatro décadas, estas políticas para el desarrollo se han enfrentado a un contexto de globalización económica y financiera donde las prácticas de privatización y desregulación son comunes (Beck, 2022). Es en este contexto, se habla de la existencia de elementos incrustados en el contexto internacional contemporáneo

y que tienen repercusión en el fenómeno de la desigualdad (Atkinson, 2016; Brown, 2018), como lo son:

1. la globalización,
2. el cambio de tecnologías de información y comunicación,
3. el crecimiento de la financiarización,
4. la disminución de los sindicatos y su actuación, y
5. la contradicción de la política redistributiva de transferencias e impuestos

Dadas las condiciones de desigualdad que existen a niveles nacionales e internacionales frente a un contexto de global interconectado y rápidamente cambiante, se conciben propuestas de acción para determinados sectores que son estratégicos para el desarrollo. Dentro de las propuestas que presenta Piketty (2014), se resaltan los mecanismos que empujan hacia la convergencia y la compresión de las desigualdades, y que para él, tienen una estrecha relación con la difusión de conocimientos y la inversión en la capacitación y formación de habilidades. Un ejemplo reciente es la trayectoria de China, que pudo adoptar modos de producción y alcanzar (y en algunos rubros, rebasar) los niveles de cualificación de países ricos. Piketty también apunta a que, en este contexto globalizado, la apertura comercial puede favorecer la convergencia económica, pero que la difusión del conocimiento debe ser provisto como un bien público por excelencia, y no ser encasillado como un mecanismo de mercado. En esta línea, Deaton (2015) coincide con que los procesos de inversión y desarrollo científico y tecnológico tienen un impacto en el desarrollo económico. Shimeles (2016) señala que el mecanismo teórico que explica la influencia de la educación superior sobre el desarrollo funciona de la siguiente manera: a medida de que aumenta la proporción de la población con educación superior, lo más probable es que la brecha de ingreso entre aquellos que cuenten con educación superior y aquellos que no, iría en sentido de convergencia o *catch-up*. Por otro lado, también se considera que si el mercado laboral se mantiene con una demanda constante, el retorno de la educación superior puede permanecer constante o incluso aumentar, por lo que la desigualdad se podría mantener o incluso aumentar.

Considerando que la educación debe encaminarse hacia el desarrollo científico y tecnológico; el hecho de que existan desfases en el contenido de la formación académica al

respecto de las necesidades tecnológicas del mercado, podría rezagar a los graduados del mercado laboral, el precio de la educación de punta tendría a subir junto con los ingresos de los trabajadores más educados, de manera que las decisiones de política de educación y tecnología juegan un papel importante en el desarrollo económico y la reducción de la desigualdad.

Dentro del tema de la educación superior como política pública para el desarrollo, existen dos conceptos importantes que han sido asociados con los procesos de desarrollo desde mediados del siglo pasado: el capital humano y el capital social. Éstos términos suelen ser utilizados de manera de forma intercambiable, y aunque comparten características, se pueden diferenciar en su nivel de análisis. Membriela-Pollán et al (2019) definen el capital humano como lo referido a las capacidades y conocimientos de un individuo, mientras que el capital social se refiere a las estructuras relacionales y otros atributos sociales. Apfeld et al (2022) amplían la visión de capital social contemplando una variedad de resultados a nivel individual, donde se incluyen la participación política, civil, la pertenencia a redes de confianza, las actitudes hacia la clase política, y la confianza en las instituciones. A grosso modo, se puede decir que el capital humano se refiere al individuo, mientras que el capital social se refiere a la sociedad o agregado de individuos.

Bao, Li y Zhao (2023) rastrean el término de capital social, dentro de la comunidad académica, desde el trabajo del sociólogo francés Pierre Bourdieu y su teoría del capital social, concepto definido como “la colección actual o total de recursos compuestos de relaciones caracterizadas por un mutuo consentimiento o reconocimiento”. Dentro de este análisis sociológico bourdiano, se añade que los estándares de crianza de las personas de familias con un mayor capital tienen mayor familiaridad con los estándares implementados desde las instituciones dominantes. Franklin (2003) en su lectura de Bourdieu sobre el capital social, define a éste como “las estrategias individuales que se emplean y al mismo tiempo se invierte y capitaliza en recursos sociales, económicos y culturales; fomentando y manteniendo las jerarquías sociales y la distribución inequitativa del poder en la sociedad capitalista” De forma que un fundamento de la desigualdad social es en el diferencial que existe entre las clases sociales y la manera en que se relacionan estas

con las instituciones que ordenan la sociedad. En este sentido, la visión de la sociedad y su estratificación en clases se comporta como un bucle que se retroalimenta entre determinados grupos de la sociedad, donde la familia y las instituciones juegan un papel importante para retroalimentarse a sí mismas.

Es importante mencionar que dada la relación individuo-sociedad, los temas de capital humano y capital social suelen estar estrechamente vinculados, de tal manera que se pueden hacer inferencias sobre el capital social a partir del capital humano, así como aplicar teorías del capital humano sobre el capital social. Ambas nociones enriquecen el análisis de los fenómenos económicos y sociales al incluir el componente sociológico dentro de la racionalidad económica tradicional. Membiela-Pollán et al (2019) también identifican una visión individualista o micro del capital social entendido como las redes sociales de un individuo, así como los recursos materiales o inmateriales a los que puede acceder a través de éstas; a su vez, también hablan de un acercamiento macro o social en donde el capital social es un conjunto de normas, valores y confianza que conducen a la cooperación como herramienta para la sinergia de la economía y la sociedad.

En los países subdesarrollados, la construcción y formación del capital humano es considerado un elemento esencial para lograr el desarrollo económico. Franklin (2003) hace una comparación de analogías para comprender el capital social según Bourdieu y Putnam; para el primero el capital social es un engrane en la rueda de la sociedad, mientras que para el segundo, el capital social es la rueda que le da movimiento a la vida económica, política y social. En estas visiones del capital social, existen consensos académicos que vinculan la participación cívica con el desarrollo de capacidades, lo que tiene efectos positivos en la formación del tejido social; dentro de los efectos del desarrollo comunitario se encuentra la creación de una visión común entre personas, así como la ampliación de las redes de actores para incluir cuestiones sociales y políticas (Tossutti, 2019).

Bajo la visión de la construcción de capital humano y social, es que se establecen líneas de acción para políticas públicas en búsqueda del desarrollo. Para ello, es importante delimitar el problema público y proyectar lo más fino posible, los alcances, resultados y el cambio social esperado después de la intervención. De manera que al concebirse los retornos socioeconómicos del capital humano, el público puede verse incentivado en acceder

a educación de calidad (Tajwar y Salim, 2023). Sobre dichos retornos se pueden considerar la producción de bienes y servicios, la absorción y desarrollo de nuevos conocimientos, la atracción de inversiones y en la salud de la población.

En el sentido de formación de capital humano y social, es preciso considerar la expansión y el crecimiento de las capacidades humanas, Schultz (1983, en Membiela-Pollán, 2019 p.4) señala cinco elementos determinantes: la inversión en sector salud y su incidencia en la esperanza de vida, la educación formal, la formación de la actividad laboral y los movimientos migratorios. Sobre la educación, Apfeld et al (2022) consideran que ésta puede encauzar a las personas hacia una cultura política, considerando también el contexto de cómo se desenvuelven las relaciones entre personas y entre grupos. Estas reflexiones se pueden complementar con la idea de Tossutti (2019) de que existe un vínculo bien establecido entre la educación y el compromiso político. A este respecto, la autora considera fundamental el papel de las escuelas en el fomento de la participación cívica así como en el funcionamiento y el establecimiento de redes para con las instituciones y los actores políticos sobre temas de interés colectivo. En esta tónica de redes en el capital social, se puede añadir la aportación de Franklin (2003) sobre la importancia del “*bridging*” para las poblaciones desaventajadas, en donde un puenteo exitoso con poblaciones aventajadas puede llevar a un incremento o mejora de la calidad empleo.

Pasando a críticas interesantes a los temas de capital humano y social, Tajwar y Salim (2023) observan conclusiones inconsistentes sobre el impacto del capital humano y las interacciones humanas en los retornos económicos, de manera que académicos concuerdan con que el capital social y las interacciones por sí mismas son explicaciones deficientes de desigualdad en las oportunidades de empleo. De manera que para comprender más profundamente estos fenómenos, es importante incluir variables de interseccionalidad como género y raza como elementos que pueden ayudar a explicar la división de la estructura del mercado en cuanto a oportunidades. En este sentido, Heckman et al (2023) han resaltado que en algunos experimentos étnicos en Estados Unidos, el componente racial puede repercutir hasta en un 20% del salario de las personas de acuerdo a si son blancas o de alguna minoría (afroamericanos, asiáticos o latinos). De manera que el capital social puede ser aprovechado y desarrollado en un grupo de la sociedad en detrimento de otros.

Desde un panorama más general, Bennet y Vedder (2014) observan una tendencia marcada de desfase en la oferta de trabajo de los egresados universitarios y las demandas del mercado laboral. En su visión, el incremento considerable del sector educativo ha creado una oferta de profesionistas que excede la demanda de los mismos. Para este desequilibrio, la teoría económica neoclásica apuntaría a un decremento en el ingreso de los egresados universitarios y a un incremento en el ingreso de los no egresados universitarios (a manera de compresión salarial). Sin embargo, los autores apuntan a un efecto diferente, en donde los empleadores ante la posibilidad de comparar empleados prospectos sin y con educación superior, han optado por escoger a los primeros. Lo que explica el fenómeno de personas profesionistas batallando por ingresar a sectores que históricamente han estado abiertos para ellos. Así, se puede ver la posibilidad de que las políticas públicas enfocadas al incremento de los graduados de la educación superior, pueden tener el efecto contrario.

En este apartado se tocaron cuestiones relativas al capital humano y social, y la educación superior cómo una política pública enfocada al desarrollo. De forma que existe literatura que resalta las bondades de dicha política, pero en complementariedad, también existen visiones más escépticas al respecto que nutren la discusión de manera importante. En el siguiente apartado se abordarán algunas ideas al respecto de la discusión.

DESIGUALDAD Y PROBLEMAS DENTRO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

Tajwar y Salim (2023) coinciden en que la educación es el indicador principal del capital social. De forma que dentro de las políticas públicas los niveles de capital humano y de interacción social cobran una gran importancia en los procesos de desarrollo. Considerando las condiciones actuales de desigualdad multidimensional, la igualdad de oportunidad se ha posicionado como una prioridad dentro las agendas nacionales de varios países, de forma que actores políticos suelen hablar sobre la importancia de reducir las diferencias en los logros escolares entre personas de diferentes orígenes o clases sociales; esto debido a que personas que vienen de hogares económicamente acomodados, suelen tener un desempeño escolar más alto que los demás estudiantes.

Es así que la preocupación de reducir las desigualdades de oportunidad educativa ha cobrado relevancia en los últimos años (Erikson, 2020).

Visto desde el otro lado, Lynch, y O’riordan (1998) observan que aquellos hogares que cuentan con medios económicos limitados, al ponderar la educación superior respecto a otros bienes de consumo inmediato, la escuela es comúnmente considerada como un lujo; a esto se le añaden dificultades para el aprovechamiento escolar, especialmente cuando los estudiantes tienen que compaginar sus estudios con el trabajo, lo que suele incidir en el proceso de aprendizaje. En esta tónica, Apfeld et al (2022) sostienen la hipótesis de que el impacto de la educación en el capital social es mayor para las personas de clases socioeconómicas más bajas, de forma que aquellos menos aventajados podrían gozar de las mayores ganancias.

En este sentido de diferencias socioeconómicas, las desigualdades de clase operan en una serie de relaciones económicas, políticas, sociales y culturales interseccionadas entre sí. De manera que las desventajas en educación de una persona o un grupo solo es entendido al comparar las ventajas de otras personas o grupos; dicho de otra forma, lo que genera la desigualdad es el hecho de que existe un acceso diferenciado a recursos, ingresos, riqueza y poder es ostentado por un grupo por encima de otros. Lo que se refuerza cuando grupos con privilegios acceden a puestos de representación popular, en donde dichos grupos pueden tomar decisiones y definir los términos que propician dichas diferencias entre grupos aventajados y desaventajados (Lynch, y O’riordan, 1998).

La educación superior, cómo se ha sostenido en este trabajo, es concebida popularmente como un elemento fundamental para el desarrollo económico y social. Garritzmann (2017) presenta una reflexión interesante, para él, la educación superior es algo como una bendición contradictoria; en donde por una parte puede promover la igualdad de oportunidades, fomentar la movilidad social y contribuir a la producción del conocimiento; pero por otra parte puede ser una herramienta de reproducción de las élites existentes, así como puede contribuir a la “redistribución negativa”². En esta discusión Blanden y Macmillan (2016) coinciden con el posible efecto ambivalente de la expansión de la educación sobre la

2 Por este término, Garritzman (2017) se refiere a la transferencia de los pobres a los ricos dado a que estos últimos pueden verse mayormente beneficiados de la financiación pública de las instituciones de educación superior.

movilidad social, siendo que por un lado la puede incrementar, pero otro la puede prevenir dependiendo de quiénes el principal beneficiado de dicha expansión

En esta línea, Erikson (2020) supone un mecanismo operante que puede explicar la preponderancia de estudiantes social y económicamente más acomodados por sobre aquellos no se encuentran en dicho estatus. El supuesto es que, las personas que acceden a los niveles educativos más altos están dispuestas a ello dada la experiencia personal en los niveles anteriores. Es decir, dado que los estudiantes de orígenes económico-sociales presentan un mejor rendimiento, esta experiencia puede fungir de motivación para continuar con sus estudios; por otro lado, aquellos que hayan tenido un peor desempeño en cierto nivel educativo, estarían menos motivados a continuar con el siguiente nivel.

Para Lynch, y O’riordan (1998), el papel de la educación dentro de la reproducción de las desigualdades de clase son estructuralmente inevitables, lo que convertiría a estas relaciones en determinísticas vistas de una acercamiento funcionalista al estilo de Durkheim. Esto puede ser visible en un contexto muy particular como es el de Estados Unidos, en donde, para una educación superior es fundamentalmente privada, Nakajima y Nakamura (2012) muestran el claro componente familiar de clase dentro de la transmisión intergeneracional del ingreso a través de la inversión en educación. De manera que en contextos en donde la educación superior es privada, y en donde el acceso a ésta se encuentra determinado por las condiciones socioeconómicas familiares, la educación es un factor fundamental para el crecimiento de la desigualdad.

Por otra parte, Atkinson (2016) observa la insuficiencia de las calificaciones educativas como variable determinante de los ingresos individuales. De manera que, en un contexto mundial, el papel de la educación superior en el desarrollo económico y el performance de las tecnologías y avances científicos en el plano internacional, aún presentan dificultades explicativas. En esta misma línea, Atkinson observa que la brecha entre ricos y pobres no es tan dramática como la diferencia al respecto de los muy ricos, quienes se han separado extraordinariamente rápido del resto de la población. De manera que solo una pequeña parte de la nueva élite educada ha sido incorporada a la élite económica. Esta es la muestra por excelencia de la desigualdad exacerbada del siglo XXI.

En sentido crítico, Bennet y Vedder (2014) argumentan que el incremento de la población que accede a títulos universitarios puede ser un indicador menos explicativo del desarrollo en cuanto a ingresos y movilidad social, debido a que, dada la creciente oferta de trabajadores cualificados, los empleadores pueden considerar variables cualitativas adicionales en la selección, tal como la reputación de la institución. De manera que aquellos estudiantes que hayan podido acceder a instituciones educativas de élite y gran prestigio, pueden tener ventaja sobre aquellos de instituciones menos reconocidas. Así, los autores infieren que, teóricamente, las políticas públicas enfocadas en incrementar el número de graduados de educación superior, pueden tener resultados en la dirección opuesta.

Continuando con este tren de ideas, las ideas de Brown (2018) amplían la comprensión de estos fenómenos bajo un mecanismo particular; para el autor, una explicación del incremento de la desigualdad del ingreso es la intensificación de lo que llaman “winner-take-all-markets”. Este mecanismo opera en determinados mercados donde pequeñas diferencias en la realización de tareas/trabajos, pueden desembocar en grandes diferencias en la remuneración económica. Este fenómeno es más notorio en áreas como el entretenimiento, los deportes y las artes. Para Brown, el caso de la educación superior es un ejemplo excelente del mercado mencionado ya que los ganadores de la competición reciben remuneraciones fuera de proporción para lo relativamente calificados que están para sus tareas.

REFLEXIONES SOBRE LA POLÍTICA PÚBLICA DE EDUCACIÓN SUPERIOR

Si bien se ha planteado insistentemente que la política pública de educación superior puede ser el vehículo para escapar de la desigualdad y la pobreza intergeneracional, Blanden y Macmillan (2016) nos invitan a reconsiderar el papel de la educación superior en la promoción/limitación de la movilidad social en el marco de la desigualdad de educación y el *background* familiar, condiciones que predisponen las carreras estudiantiles de las personas ante un panorama que muestra tendencias mixtas en la movilidad social ante una expansión del sector educativo.

Existe una preocupación legítima en cuanto a la desigualdad en el sentido de la redistribución progresiva de la educación superior. Esto surgió dada la tendencia histórica que permanece hasta hoy, donde, el acceso a títulos de educación superior en las democracias avanzadas, está fuertemente determinado por el *background* familiar de las personas. De manera que los hijos de personas ricas y mejor educadas tienden a cursar la educación universitaria más que quienes no pertenecen a esta clase social. En este sentido de la redistribución, los sistemas de educación superior financiados por el Estado, la población económicamente aventajada se ve más beneficiada de la expansión de la educación pública, considerando el hecho de que la población de este estrato social está más inclinada a acceder a este nivel educativo. En esta línea de pensamiento, existen economistas que, dada la propensión a estudiar de las personas más económicamente acomodadas, recomiendan los cobros de matrícula como un mecanismo de mercado que puede aliviar la carga financiera del Estado para cargarla a quienes deseen cursar sus estudios superiores. El más grande peligro de esta idea recae, en que este mecanismo de mercado puede excluir a la población económicamente más desaventajada, lo que profundizaría la ya existente desigualdad (Garritzmann, 2017).

La idea de la promoción de la educación superior como una responsabilidad del gobierno para con la sociedad, suele ser presentada junto con las ideas de que la educación provee mayores oportunidades económicas para las personas, de tal manera que una reducción de la desigualdad de oportunidad de educación, conlleva a un incremento de la igualdad. Para Bennet y Vedder (2014), la relación entre la desigualdad del ingreso y la población con títulos universitarios es teóricamente inversa; los autores profundizan con un análisis económico racional añadiendo que, si un mayor número de personas atienden a la universidad, las habilidades adquiridas serían para más personas, por lo que una mayor igualdad en educación sería seguida por una mayor igualdad económica.

Otros mecanismos complementarios considerados exitosos para la reducción de la desigualdad, incluyen la compresión salarial como se dió en Francia y Estados Unidos durante las dos guerras mundiales, lo que requiere necesariamente un campo para la negociación entre el sector público, el sector privado y los representantes de los trabajadores o sindicatos (Piketty, 2014). Por otra parte, Deaton (2015) identifica dificultades que

persisten y pueden dificultar la instrumentación de políticas enfocadas a la redistribución y a la creación del capital social, como lo es la subrepresentación política de segmentos marginados de la sociedad; así como del sector trabajador que se ha visto lastimado con la disminución y desmantelamiento de sindicatos. En este sentido de desigualdad, Franklin (2003) considera que las políticas públicas fracasan cuando no pueden dirigirse a los grupos social y económicamente aislados, donde las personas tienen pocas conexiones a redes y recursos. Continuando con esta discusión, Shimeles (2016) introduce la variable tiempo dentro de su análisis, donde precisa que una política de rápido incremento de la educación superior puede llevar a un incremento inicial de la desigualdad; aunque en el largo plazo la intuición y la evidencia sugieren que la educación superior puede ayudar a la reducción de las desigualdades dadas ciertas condiciones como la estabilidad de los mercados laborales y el crecimiento económico constante.

Piketty (2014) señala que el sistema educativo debe de contar con políticas públicas especializadas para dicho ámbito considerando una variedad de cuestiones como los criterios de selección para las diferentes carreras, los esquemas de financiamiento y el equilibrio entre la oferta y la demanda laboral. En este orden de ideas, se asocia el progreso tecnológico con el desarrollo de innovaciones y de su puesta en práctica, lo que empuja hacia una mayor demanda de personas calificadas así como una constante actualización y renovación de los programas de estudio (Shimels, 2016). Por su parte, Deaton (2015) sugiere que el descubrimiento científico relevante depende del número absoluto de la población científica de un país y no del porcentaje respectivo. Piketty se aproxima al concepto de educación para toda la vida, estableciendo la importancia entre el conocimiento y el avance tecnológico; de forma que, si la oferta académica no responde en amplitud y en contenido con las demandas de la industria, aquellas personas que cuenten con dicha formación obtendrán empleos desvalorizados incrementando así la desigualdad al respecto del trabajo.

Ante los escenarios planteados se discierne la complejidad del reto de la educación superior en la búsqueda del desarrollo. Ante el entorno globalizado rápidamente cambiante, se postula que desde la lucha contra la desigualdad, es el gobierno quién debe de plantear estrategias para que las poblaciones menos aventajadas puedan acceder a una educación

superior de calidad que les permita superar condiciones de desigualdad, pobreza y lograr la cada vez menos frecuente, movilidad social. De esta manera se torna fundamental la reflexión sobre los propósitos de las instituciones intervinientes en la sociedad contemporánea. Así como el objetivo del sector salud no es proveer trabajadores con buen estado físico para los sectores productivos, el objetivo de la educación no es únicamente preparar a trabajadores para ejercer determinados oficios. Para Piketty (2014), la salud y la educación tienen un valor intrínseco más allá de lo económico, de forma que pasar años de vida con buena salud, así como acceder al conocimiento y la cultura científica y artística son los objetivos mismos de la civilización.

CONCLUSIONES

La creciente desigualdad social, potenciada por el sistema capitalista, ataca directamente al desarrollo humano en su espíritu, siendo que en el contexto de la globalización neoliberal contemporánea, las desigualdades lejos de haber sido aliviadas, no han sido más que amplificadas por la globalización (Canales, 2022). Es este panorama internacional rápidamente cambiante, que se torna fundamental la sinergia entre el gobierno, el mercado y la sociedad para lograr disminuir las desigualdades multidimensionales que han persistido en el tiempo.

En este trabajo se ha abordado la idea de que la educación superior puede ser instrumentada como política pública para incidir en el desarrollo económico, la reducción de las desigualdades y la movilidad social. Al hacer un repaso de la literatura teórica y especializada, se observa una contraposición de ideas y evidencias mixtas al respecto de los resultados de políticas de educación superior en temas del desarrollo. La existencia de posturas y acercamientos contradictorios a la misma problemática, indica que el debate se encuentra vigente y que será necesaria una exploración más amplia y profunda del impacto de la educación superior en los procesos del desarrollo económico, de capacidades, de capital social y humano así como en la reducción de las desigualdades.

En el trabajo se pudo concluir que el estudio de las políticas públicas y la desigualdad es naturalmente transdisciplinar, lo que en consecuencia hace este trabajo de investigación más complejo epistemológica y metodológicamente. Es complicado entender la ligadura que existe entre el capital humano y social, las políticas públicas de educación superior y los procesos

del desarrollo, porque dicho vínculo teórico y empírico aún está en construcción. Aún cuando no se cuentan con todas las preguntas del desarrollo, resueltas si se concluye con que la desigualdad es un problema en crecimiento que, para evitar el desastre ricardiano, necesita ser atendido de manera oportuna con un entramado de políticas públicas finamente estructurado para atender la multidimensionalidad de la desigualdad; y que el proceso de política pública de educación superior requiere un análisis amplio y minucioso para atender las necesidades sociales contemporáneas de la sociedad y el mercado. "Si la igualdad es un valor humano, entonces cualquier forma de desigualdad es de manera intrínseca un atentado contra la misma humanidad... un crimen de lesa humanidad" (Canales, 2022)

BIBLIOGRAFÍA

- Apfeld, B., Coman, E., Gerring, J. y Jesse, S. (2022). Education and social capital. *Journal of Experimental Political Science*, 9, pp.162-188.
- Atkinson, A. (2016). *Desigualdad. ¿Qué podemos hacer?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Bao, C., Li, Y., & Zhao, X. (2023). The Influence of Social Capital and Intergenerational Mobility on University Students' Sustainable Development in China. *Sustainability*. <https://doi.org/10.3390/su15076118>
- Beck, J. (2022). Inequality and the human right to tuition free higher education: mobilizing human rights law in the german movement against tuition fees. *Law and Social Inquiry*. Vol.47, pp.236-260.
- Bennet, D. y Vedder, R. (2014). Public policy, higher education, and income inequality in the U.S.: We have reached diminishing returns. *Social Philosophy and Policy*, No.31, pp.252-280.
- Blanden, J. y Macmillan, L. (2016). Educational inequality, educational expansion and intergenerational mobility. *Journal of Social Policy*. pp.589-614. doi:10.1017/S004727941600026X

- Brown, R. (2018). Higher education and inequality. *Perspectives: Policy and Practice in Higher Education*, pp.37-43. doi: 10.1080/13603108.2017.1375442
- Canales, A. (2022). *Contra la desigualdad. Contribuciones para un discurso de emancipación social*. Akal.
- Deaton, A. (2015). *El Gran Escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*. Fondo de Cultura Económica.
- Erikson, R. (2020). Inequality of educational opportunity - the role of performance and choice. *European Review*. Vol.28, pp.44-5.
- Franklin, J. (2003). Social Capital: Policy and Politics. *Social Policy and Society*. pp.349-352. DOI:10.1017/S1474746403001349
- Garrizmann, J. (2017). The Partisan Politics of Higher Education. *PS: Political Science & Politics*, pp.413-417. doi:10.1017/S1049096516002924
- Heckman, S., Letkiewicz, J, y Kyoung, T. (2023). A fracturing social contract? How perceptions of the value of higher education are changing. *Journal of family and economic issues*. pp.157-174. <https://doi.org/10.1007/s10834-021-09811-2>
- Lynch, K. y O’riordan, C. (1998). Inequality in higher education: a study of class barriers. *British Journal of Sociology of Education*, pp.445-478. doi:10.1080/0142569980190401
- Membiola-Pollán, M., Atilano, J., Sánchez, E. (2019). La interrelación entre el “capital humano” y el “capital social”. Una aproximación al caso español. *Atlantic Review of Economics: Revista Atlántica de Economía*, pp.1-18.
- Nakajima, T. y Nakamura, H. (2012). How do elementary and higher education affect human capital accumulation and inequality? A note. *Macroeconomic Dynamics*. No.16, pp.11-158. doi:10.1017/S1365100511000770
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Sen, A. (1992). *Inequality Reexamined*. Harvard University Press.
- Salas-Velasco, M. (2023). The reform of curricula in the spanish university system: how well matched are new bachelor’s degree to jobs. *Systems*. <https://doi.org/10.3390/systems11040200>
- Shimeles, A. (2016). *Can higher education reduce inequality in developing countries?*. IZA

World of Labor 2016: 273 doi: 10.15185/izawol.273

Tajwar, A. y Salim, K. (2023). Health, Education, and Economic Well-Being in China: How Do Human Capital and Social Interaction Influence Economic Returns. *Behav. Sci.*, pp.1-19. <https://doi.org/10.3390/bs13030209>

Tossutti, L. (2019). Engaging youths across the education divide: is there a role for social capital? *Canadian Journal of Political Science*. No.52, pp.501-520

DAVID RODRIGO FERNÁNDEZ GARCÍA. Licenciatura en Economía, Maestro en Relaciones Económicas Internacionales y Cooperación, Doctorante en Políticas Públicas y Desarrollo. Universidad de Guadalajara.